

Didáctica

El comentario de texto en filosofía como instrumento didáctico

Francisco Javier Gea Izquierdo

Resumen

El comentario de texto es una tarea fundamental en filosofía y un excelente método para transformar la mera información en conocimiento estructurado. Aquí analizamos sus ventajas para las clases de filosofía y la formación intelectual en general de los alumnos de Bachillerato. Ofrecemos un método de comentario y estudiamos los principales errores que se deben evitar. Ello debiera completarse con el examen de los textos que de hecho utilizamos en clase, pero se trata del objeto de otro artículo.

Abstract

The commentary of texts is a fundamental task in Philosophy and a very good way to transform raw information in organized knowledge. Here we analyse its advantages for both the students' training in Philosophy (at the level of Secondary School) and their general intellectual formation. We provide an elementary method for the commentary of texts and also consider the main mistakes that students should try to avoid. These issues should be completed with the analysis of the main texts we actually use at class, but this is another paper's content.

Introducción

El comentario de texto tiene en filosofía una gran importancia y una gran tradición, que se remonta a la Edad Media cuando no a la misma Antigüedad. Aristóteles escribió al respecto en varias obras, como su *Metafísica* o *De Anima*. Entre los pensadores medievales,

como Averroes, Maimónides o Santo Tomás, era frecuente el comentario de obras de grandes autores anteriores y de los textos sagrados. A partir del siglo XIX, con el desarrollo de la filología, por una parte, y de lo que Wilhelm Dilthey llamaba las ciencias del espíritu, por otra, surgió ya en el siglo XX la moderna corriente hermenéutica. Basada en la obra de Martin Heidegger y desarrollada luego por autores como Hans-Georg Gadamer, ha dado mucho juego y en la actualidad goza de un gran predicamento. En España destacan dentro de la misma desde hace tiempo Emilio Lledó y Pedro Cerezo.

Gracias a esta corriente y a la larga tradición que lleva consigo, el comentario de texto ha adquirido en filosofía una gran importancia y un gran desarrollo *técnico*. Es una manera de entender la disciplina que sin duda tiene muchas cosas que aportar a la misma, aunque no es nuestra preferida por considerarla demasiado dependiente de los grandes textos del pasado, demasiado profesoral y académica. Sin embargo, aquí no vamos a estudiar lo que le falta o le sobra a la hermenéutica, con ser este un tema muy interesante, sino que nos vamos a centrar en la importancia que puede tener el comentario filosófico de texto en la enseñanza secundaria. Y el principal motivo para ello es que tengo la impresión de que los comentarios filosóficos de textos, con el paso del tiempo, más que ir aumentando su importancia la están perdiendo. Admito de entrada que eso se basa en la experiencia que tengo de los institutos por los que he pasado últimamente (que son unos cuantos), de los alumnos que proceden de otros centros y del intercambio de pareceres con algunos colegas. Me consta que la muestra no es significativa y puede que me equivoque. De hecho me gustaría que así fuera, pero, por si acaso, he aquí unas notas sobre la importancia didáctica del comentario. De no tener esa impresión personal y de no considerar esta técnica más importante que nunca, es probable que no me hubiese animado a redactar estas páginas.

El comentario de texto suele ser una parte clave de la asignatura de Historia de la filosofía de 2º de Bachillerato. En Andalucía, por ejemplo, se estudian los siguientes pares de autores: Platón o Santo Tomás, Descartes o Kant, Marx o Nietzsche, y Ortega o Zambrano. Ahí están muchos de los clásicos, aunque la elección y e incluso el planteamiento de la asignatura pueden ser más o menos discutibles. De hecho así me lo parecen.

Sin embargo, en 1º de Bachillerato la relevancia del comentario de texto queda diluida y ha sido muy oscilante. Hace unos años algunos pedagogos avanzados pusieron de moda la enseñanza *cons-*

tructiva, que las autoridades educativas del momento no tardaron en adoptar. Se decía, por ejemplo, que más valía que los estudiantes infiriesen por sí mismos la ley de Newton a partir de la observación que se limitasen a estudiarla de modo pasivo. En el caso de la filosofía esto se traducía en *materiales didácticos* e incluso en libros de texto en los que las *unidades didácticas* consistían en una larga colección de textos del tema dado, seguidos de unas cuantas cuestiones y actividades. Si se trataba de estudiar, por ejemplo, el origen de la especie humana, uno podía encontrarse textos de Charles Darwin, Carl Sagan, quizás Teilhard de Chardin, Richard Leakey, Francisco José Ayala, etc. Si se trataba de la moral, probablemente habría fragmentos de José Luis Aranguren, Adolfo Sánchez Vázquez, Fernando Savater, Javier Sádaba, o Peter Singer, por no mencionar a los clásicos. En cambio, el manual en sentido tradicional, la exposición del tema tal y como solía hacerse, quedaba reducido a su mínima expresión e incluso en algunos casos se limitaba a una introducción de unas cuantas líneas y no poco más.

Ni entonces ni ahora le he visto demasiado sentido a este tipo de enseñanza. Es decir, a convertir este método, que sin duda tiene su utilidad, en el centro y menos aún en casi el único planteamiento de las diversas materias de secundaria. Entre otras razones porque si bien el aprendizaje debe ser fundamentalmente constructivo, la enseñanza no siempre puede serlo. No es de extrañar que tan innovadora propuesta desapareciese en seguida. Lo que ha venido luego, por cierto, a causa de tantos cambios de planes de estudio y de tantas competencias educativas transferidas a las autonomías, al menos en filosofía no es mucho mejor. Se trata de un panorama en el que resulta difícil encontrar libros de texto de 1º de Bachillerato recomendables, aunque unos estén mejor realizados que otros y en unas partes del programa tengan más acierto que en otras.

La importancia del comentario de texto

El comentario filosófico de texto puede ser a su vez un comentario de textos filosóficos o de textos más o menos afines, que guarden cierta vinculación con esta disciplina. El comentario en este caso consiste en un método para analizar, interpretar y explicar lo que expresa el texto respectivo, dando razón de lo que dice, de cómo y de por qué lo hace. Pueden ser textos de historia, sobre el Renacimiento, la Ilustración, o la Modernidad, de ciencias sociales, como la

psicología, la sociología o la economía, o ensayos científicos, como los de Stephen Weinberg o Edward O. Wilson.

Esta técnica es útil porque puede servir para desarrollar por lo menos las ocho importantes habilidades intelectuales siguientes: 1ª) Comprender un texto argumentativo, crítico o ensayístico de cierta extensión y dificultad. 2ª) Analizar el contenido y la estructura del mismo. 3ª) Extraer y sintetizar sus ideas principales. 4ª) Buscar información sobre su autor o sobre el tema, y establecer cuándo es relevante y cuando no. 5ª) Considerar las características de su estilo y su posible importancia. 6ª) Valorar el texto y ser capaz de establecer una opinión razonada sobre aquello de lo que trate. 7ª) Exponer por escrito o de modo oral el resultado del trabajo realizado. 8ª) Saber justificar y defender lo hecho en caso de que se pregunte al respecto.

Estas tareas y las que llevan asociadas siempre han sido importantes, pero lo son mucho más de un tiempo a esta parte porque cada vez cuestan más a los alumnos y porque cada vez nos encontramos con unos niveles en comprensión y expresión lingüística más bajos. Hay textos con los que llevo trabajando en clase más de una década y gracias a ellos he podido observar cómo, *caeteris paribus*, palabras y no digamos ideas que antes presentaban pocas dificultades, ahora han acabado por convertirse en perfectas desconocidas incluso dentro del contexto de un discurso bien trabado. Es el caso, por ejemplo, de términos relativamente sencillos como “peyorativo”, “erigir”, “autocomplacencia”, “minusvalorar”, “virulento”, “genocidio”, “endógeno”, “vilipendiar”, “zanjar”, “inconmensurable” o “ponderación”, que cada vez resultan más extraños para los alumnos¹. Parecen haberse convertido, más que en instrumentos de expresión y comunicación, en verdaderos obstáculos para las mismas.

Al escribir esto los resultados obtenidos por nuestro país en el último Informe PISA, que compara los ejercicios de alumnos de quince años de los países de la OCDE en diversas asignaturas, aún están bastante frescos. En las pruebas examinadas los resultados se encontraban bastante por debajo de la media, y en el caso de la comprensión lectora nos situaban en el puesto veintitrés sobre treinta. Al secretario general de Educación lo primero que se le ocurrió decir fue que eran “más o menos los que corresponderían [dada] la situación económica y cultural de su población”².

¹ Aparecen en MOSTERÍN, J.: *Filosofía de la cultura*, AU, Madrid 1993, 137-140.

² Recogido en la prensa el 8/12/04.

Por lo demás, también es sabido que no somos una sociedad con demasiado afán por la lectura y que los jóvenes, junto a esta, tienen en la actualidad otras muchas formas de ocio que hace unos años no existían. La parte fundamental de la tarea de inculcar el gusto por la lectura corresponde a los padres, que difícilmente lo harán si ellos mismos carecen de ella. Sin embargo la escuela tiene una gran responsabilidad y dentro de esta, a su vez, nuestra asignatura también es bastante relevante.

Por todo esto, considero muy importante el comentario de texto. Muchos de los temas que se estudian en filosofía se acabarán olvidando *nolens volens* en mayor o menor medida con el paso del tiempo, como ocurre con tantas cosas, pero si se aprende bien la técnica del comentario, es muy difícil que se olvide. Además, como suelo indicar en clase, su utilidad va mucho más allá de lo que es el propio comentario en sí mismo, que puede que sea algo que como tal no vuelvan a hacer más en años sucesivos. Sin embargo, aunque así sea, cada vez que lean un texto o escuchen una información de cierta entidad con detenimiento, seguramente van a poner en marcha de modo espontáneo esas habilidades intelectuales, convenientemente entrenadas, de las que antes hemos hablado. Por lo tanto, van a disponer de una capacidad de comprensión, análisis y puede que de juicio sensiblemente superiores de las que tendrían de no haber aprendido a comentar filosóficamente textos y haberse ejercitado en ello. Por un lado, hay veces en las que nos encontramos con gente de una gran inteligencia natural a la que se le nota que no han podido, por la razón que sea, educar y entrenar de modo suficiente ese don. Por otra parte, también hay ocasiones en las que una persona ha sabido potenciar considerablemente su talento innato gracias a la formación y el aprendizaje oportunos.

Disponemos de mucha información a nuestro alrededor a través de los medios de comunicación tradicionales (la prensa, la radio, incluso la televisión) y de los que han surgido con la revolución informática (como el internet), disponemos de bastante más de la que podemos asimilar. El comentario de texto es una técnica excelente para aprender a transformar esos datos en conocimiento, esa información en formación propia, que a la postre es lo más importante. Cuando se dice que esta es la sociedad de la información, preferiría oír que es la sociedad de la formación, pues se trata de realidades bastante distintas que parece que no van del todo parejas. Además de tener que aprender a manejar cada vez más información, y a distinguir el grano de la paja, también hay por cierto que aprender a

discriminar lo que es información de lo que es pseudoinformación, lo que es verdad sin más de lo que son medias verdades, tarea a veces muy difícil. Se lee, por ejemplo, en un periódico nacional, diario independiente de la mañana de alto postín de cuyo nombre no quiero acordarme, el siguiente titular en primera plana: “El rechazo a los inmigrantes creció desde el 8% hasta el 32% durante el Gobierno del PP”³. ¿Qué es lo que da a entender? Pues poco menos que el preocupante aumento de la intolerancia es culpa de ese gobierno. ¿Para qué mencionar luego, un suponer, que en ese periodo de tiempo los inmigrantes han pasado de poco más de medio millón a más de dos millones y medio?

Por lo demás, en cuanto a las clases de filosofía, creo que tampoco conviene limitarse a utilizar un manual, por muy bueno que sea. Este, por su misma función, va a estar redactado en el mejor de los casos con un estilo neutro y sobrio, lo más claro y didáctico posible. Sin embargo, no es así cómo nos vamos a encontrar luego los textos filosóficos y afines. Como se atribuye a Michel de Montaigne, el estilo es el hombre, lo que aquí nos sirve para recordar que cada autor escribe de una manera peculiar, con una intencionalidad y unos rasgos propios, y que acostumbra a esa variedad de voces es parte del aprendizaje.

Un método de comentario

No pretendo ser demasiado original en este apartado, pero creo que no está de más contar cómo explico a los alumnos la manera de hacer los comentarios de texto, a la vez que voy añadiendo sobre la marcha algunas reflexiones donde espero lucir un poco más. No se trata de un método demasiado complicado, como lo era el prolijo Comentario de Texto Oxford de mis tiempos de carrera (de orientación filológica), ni como lo son algunos más recientes que he visto (inspirados en las llamadas ciencias cognitivas). Al contrario, se trata de un método que pretende ser eficaz gracias a su misma sencillez.

Vamos a dividir el comentario de texto en seis fases: (1^a) Lectura comprensiva. (2^a) Localización. (3^a) Determinación del tema, la tesis, la estructura y breve análisis de su estilo. (4^a) Relación con otras ideas del autor (exposición y explicación). (5^a) Relación con otros autores y con el contexto histórico. (6^a) Valoración y opinión personales.

³ 3/01/2005.

Las fases 1ª, 2ª, 3ª y 6ª sirven para un comentario general, no histórico, como suele ser propio de 1º de Bachillerato. Las fases 4ª y 5ª son las que habría que agregar para hacer trabajos en historia de la filosofía.

Pasemos a explicar brevemente qué es lo que hay que hacer en cada una de estas fases y luego haremos algunas observaciones de tipo general sobre los principales errores que suelen encontrarse en los ejercicios de comentario.

1ª. – *Lectura comprensiva*. Se trata de leer el texto una o varias veces para comprenderlo lo mejor posible. Conviene marcar o subrayar los términos principales para, a partir de ahí, sacar las ideas principales. Es conveniente buscar el significado de los términos clave que no entendamos, en la acepción que conviene al texto, y anotarlos, para así aumentar nuestro vocabulario. También es importante informarse sucinta pero suficientemente sobre los nombres propios más relevantes que se mencionan. Así, por ejemplo, si en un texto se habla mucho de determinado autor (como Sören Kierkegaard o Karl Popper) o de cierta corriente intelectual (como el neopositivismo o el existencialismo), habrá que disponer de ciertos datos sobre quién es ese pensador o en qué consiste este movimiento.

La información principal se sacará del manual, de otros libros de texto, de los apuntes y de las explicaciones de clase, aunque también se puede acudir a las obras de consulta especializadas, como por ejemplo el clásico *Diccionario de filosofía* de José Ferrater Mora, o a otros libros oportunos. También se pueden utilizar los modernos medios informáticos, como las enciclopedias electrónicas o las páginas de internet. En cualquier caso hay que procurar recurrir a fuentes solventes y citarlas de modo correcto y completo para permitir que se puedan cotejar.

Al terminar esta fase preliminar tendremos subrayado y anotado el texto. Es decir, habremos marcado las ideas principales con un rotulador o con un lápiz de color y en los márgenes apuntaremos brevemente las ideas clave de las que tratan los párrafos principales, con lo cual será muy fácil establecer luego su estructura. Podemos también, cuando sea conveniente, anotar con qué ideas del autor se relacionan dichos párrafos y con qué autores de los estudiados.

Si todas estas tareas se hacen bien, podemos estar seguros de que el resto del comentario será mucho más fácil. A decir verdad, podemos contar con que ya tenemos realizada cerca de la mitad del trabajo, pues habremos conseguido enterarnos bien de lo que trata el texto y fijar de camino sus ideas principales. Una vez concluida esta

fase, podemos pasar a las siguientes, que explican cómo redactar el comentario y como ir expresando por orden lo que sabemos tras haber hecho una buena lectura comprensiva.

2ª.- *Localización*. En esta fase se trata de dar una información concisa y oportuna sobre los siguientes aspectos: (i) la obra a la que pertenece el texto, (ii) el lugar que ocupa dentro del conjunto de la obra de su autor, (iii) el propio autor, (iv) la corriente a la que pertenece y (v) la época en la que vive. No se trata de extenderse mucho, cosa que actualmente es muy fácil con los modernos medios, como el internet, sino de dar la información imprescindible para saber contextualizar el texto antes de entrar en un análisis más detallado del mismo. Más adelante habrá ocasión de profundizar en estos aspectos cuando el comentario lo requiera.

3ª.- *Determinación del tema, la tesis, la estructura y breve análisis de su estilo*. El *tema* es aquello de lo que trata el texto. Puede ser la importancia de la justicia, la naturaleza del alma, el origen de la moral, la estructura del conocimiento, etc. La *tesis* es la idea principal o fundamental que se formula en el texto acerca del tema correspondiente. Por ejemplo, la justicia es el fundamento de la vida social, el alma humana es inmortal, la moral individual depende directa o indirectamente de la sociedad, el conocimiento sensible es siempre imperfecto, etc. Se trata, pues, de asuntos bastante distintos entre sí, que sin embargo muchos alumnos confunden. Al enunciar el tema hemos de procurar ser claros, breves y precisos. Desde luego no acierta ni quien es demasiado prolijo, pues le falta capacidad de síntesis, ni quien resulta demasiado genérico, pues necesita más trabajo.

No siempre es fácil establecer la tesis de un texto, ya que su autor puede no haberla formulado de modo explícito. En tales casos habrá que extraerla sintéticamente a partir de las ideas principales del texto, las cuales también deberemos determinar en esta fase del comentario. Cuando el texto tiene cierta extensión, cuando tiene al menos varias páginas, lo más probable es que, además de la idea fundamental o central, tenga otras *ideas importantes o principales*. Será conveniente que las incluyamos asimismo en este apartado, aunque sea de manera breve.

También hay que establecer cuál es la *estructura* del texto, qué partes posee, qué ideas importantes hay en cada una y qué relación guardan entre sí. A veces es fácil establecer la estructura, pues el texto la expresa con claridad, pero en otras ocasiones puede no ser tan evidente. En cualquier caso, lo más frecuente es que la estructu-

ra y sobre todo el número de partes de un texto no sean algo fijo, sino que dependan del detalle con el que se haga el análisis. Es lo mismo que ocurriría si preguntáramos por las partes de España. Podríamos dar respuestas distintas según se hable de comunidades autónomas, provincias o regiones geográficas. En general tiendo a considerar que la mejor solución es la más sencilla posible, la que establece el menor número de partes sin por ello desvirtuar la naturaleza del texto.

La determinación de la estructura se puede hacer por medio de un esquema y también se puede realizar a la vez que se van estableciendo las ideas centrales, que es lo más sencillo. Ese puede prescindir de esta parte cuando el texto es corto y no presenta especial complicación.

Por último, un análisis breve del estilo nunca está de más. Es cierto que hay otras disciplinas, como la Lengua y la Literatura, en las que esta tarea desempeña un papel más relevante, pero también es útil aprovechar esos conocimientos, que seguramente ya poseemos, y aplicarlos a los textos filosóficos y afines. Estos muchas veces tienen una clara voluntad de estilo y el hecho no es gratuito. Por *estilo* entendemos el conjunto de rasgos que caracterizan una obra o un autor, pero también un género o incluso una época (como la Antigüedad, el Renacimiento, la Ilustración o el Romanticismo). Entre los rasgos estilísticos en los que podemos fijarnos para analizar un texto destacan el tono: si es informativo, crítico, moralizante, biográfico, panfletario, irónico, oracular. El registro: si es didáctico, profesoral, culto, especializado, divulgativo. También incluiremos una referencia a los recursos metodológicos predominantes: el análisis de conceptos, la interpretación de textos, la investigación histórica, la comparación de teorías, el desarrollo de ideas a partir del planteamiento de ejemplos, metáforas o alegorías, y demás.

Por todo eso no es de extrañar que para expresar ideas filosóficas se hayan utilizado géneros muy diversos. De hecho se han empleado aforismos (caso de Heráclito, Lichtenberg, Nietzsche), poemas (Parménides, Lucrecio), obras dialogadas (Platón, Berkeley), memorias (San Agustín, Rousseau), ensayos (Montaigne, Erasmo), el género epistolar (Descartes, Leibniz, Voltaire), tratados (Spinoza, Kant, Hegel), manifiestos (Marx y Engels) o conferencias (Heidegger, Ortega, Sartre). Es verdad que ha habido muchos filósofos que han escrito con poco donaire, como el Aristóteles de la *Metafísica*, Kant o Hegel, pero también lo es que otros son unos auténticos maestros del lenguaje, como Platón, Descartes, Voltaire o Nietzsche.

4ª. *Relación con otras ideas del autor (explicación y exposición).* A partir de la fase anterior, a partir de la determinación del tema, la tesis y las ideas principales, en esta hay que relacionar lo que dice el texto con el resto de las ideas del autor con las que de hecho esté conectado. Esto hay que procurar hacerlo de manera ordenada y sistemática, ya que si no podría convertirse en un caos de escaso valor, explicando suficientemente el porqué de tales conexiones. Además, si hubiese muchas ideas del autor con las que se pudiese relacionar el texto, conviene ser selectivo y establecer un criterio, explicando en qué consiste y por qué se ha elegido.

Lo que se pretende en esta fase del comentario consiste en poner dinámicamente en relación el texto leído con las grandes ideas del autor con las que esté vinculado para explicar su relación mutua y su auténtico significado. Esta parte suele costar bastante trabajo porque implica el paso de unos conocimientos sobre el tema más bien pasivos a otros de tipo activo.

5ª.- *Relación con otros autores y contexto histórico.* En la línea emprendida en el apartado anterior, hay que pasar ahora a extender el estudio de la conexión de las ideas del texto con las ideas de otros autores con las que esté relacionado. Como es evidente, esta fase y la anterior se pueden emplear en 1º y en 2º de Bachillerato, pero es en este último curso donde adquieren toda un importancia.

Esta conexión puede ser de muy distintas maneras. Las más importantes son la dependencia, la influencia, la afinidad y la contraposición. Decimos que hay una relación de *dependencia* cuando las ideas del texto dependen de las de otros autores. Así, por ejemplo, muchas ideas de Platón dependen de su maestro Sócrates, algunas ideas de Aristóteles dependen de las de su maestro Platón, etc. La relación de *influencia* es la inversa a la de dependencia. Se da cuando las ideas del texto influyen en otros pensadores. Hume influye en Kant, este por otro lado en Habermas, que a su vez predomina en buena parte del pensamiento actual. La *afinidad* y la *contraposición* se dan cuando entre el texto y las ideas de otros autores hay, respectivamente, cierta semejanza o cierta antítesis. Hay considerar que esto puede darse por razones históricas o tal vez por simple casualidad.

Además, hay que tener en cuenta que un pensador puede influir en otro precisamente por tener ideas contrarias a las de este, el cual configuraría su pensamiento oponiéndose a las ideas de aquel. Caso, por ejemplo, de Nietzsche con respecto a Platón, o de Marx con respecto a Hegel, de Weber con respecto a Marx. Incluso hay algunos

casos, para acabar de rizar el rizo, en los que un pensador desarrolla su pensamiento oponiéndose a sus ideas anteriores. Es, por ejemplo, lo que le sucede al último Wittgenstein respecto a la primera fase de su filosofía.

Este proceso de relación con las ideas de otros autores es verdaderamente complejo y dominarlo sólo se encuentra al alcance de los especialistas. Por eso hay que saber apreciar cualquier avance en este terreno por parte de los alumnos. Para que salga bien hay que seguir muy atentamente las indicaciones del profesor en clase y proceder con orden —cronológico, temático—, centrándose en los autores principales a tal efecto, quienes por lo general pertenecerán a la misma época y habrán de estudiarse durante el curso.

En este apartado resulta asimismo oportuno incluir cuáles son los aspectos sociales, culturales, científicos, políticos e históricos más relevantes de la época para hacernos una idea de en qué contexto se dan el texto analizado y su autor. Al igual que hacíamos en la fase de localización, a la cual sirve de complemento, no se trata tanto de ser muy exhaustivo cuanto de saber elegir la información más oportuna. Además de lo que encontremos por nuestra cuenta, los conocimientos que tengamos de la asignatura de Historia seguro que aquí son muy útiles.

6ª.- *Valoración y opinión personales.* Es una buena idea tratar de acabar el comentario con una reflexión sobre el tema y las ideas analizadas, a la luz del trabajo hecho y de la información recogida, en la que se exponga concisa y razonadamente nuestro parecer sobre el texto (valoración personal) y sobre tales cuestiones (opinión personal). De esta manera no nos limitaremos a examinar las ideas de los demás, como si elaborásemos un mero dossier, sino también a formarnos las nuestras propias a través de la reflexión y del trabajo intelectual, tarea en el fondo tan o más importante. Al dar nuestro parecer tanto del texto como del tema, procuraremos ser sinceros, a la vez que firmes y modestos. Procuraremos huir de los tópicos, de la petulancia y del desconocimiento, que, más que informar sobre el texto, retratan al que cae en ellos.

Principales errores que hay que evitar

Un comentario de texto bien hecho no es una tarea fácil, por eso no hay que desesperarse al principio con los resultados. Con perseverancia, la dedicación y el trabajo pronto rendirán su fruto y, al ca-

bo de un tiempo, habremos alcanzado la suficiente disciplina intelectual como para hacer gran parte de estas tareas sin demasiado esfuerzo, no sólo al estudiar textos filosóficos, sino en nuestra vida cotidiana, a la hora de analizar la información que recibimos por distintos canales. Por otra parte, hay que tener en cuenta que en gran medida el comentario de texto es más un arte que una técnica. Quiere esto decir que no basta con dominar una técnica, sino que además hay que tener la sensibilidad suficiente como para saber aplicarla con cierto talento y gracia.

Mencionemos aquí algunos de los defectos principales que pueden y suelen encontrarse en los comentarios de texto escolares para recomendar encarecidamente que se procure evitarlos. Conviene fijarse bien en ellos pues se basan en el examen de muchos comentarios y, por así decirlo, en la colaboración de bastantes alumnos que ya han pasado por este trance. Esta es la lista de los fallos más importantes que suelen darse, el *decálogo* de lo que debemos procurar evitar:

1^a/ La falta de aplicación o trabajo, que lógicamente es el defecto más grave, pues incide en todos los demás. Sin duda a unos alumnos se les da mejor que a otros hacer comentarios, pero en general se trata de un ejercicio en el que uno no puede ahorrarse una considerable dosis de tiempo y trabajo, sobre todo al principio.

2^a/ No esforzarse por entender el texto y, conscientemente o no, comenzar a hacer el comentario como si tal cosa, pensando que ya saldrá. Sin embargo, como hemos señalado, la lectura comprensiva del texto es el principal requisito para hacer bien un comentario. Luego es aconsejable realizar un borrador, aunque sea esquemático, antes de comenzar a redactar nuestro comentario. Así nos ahorraremos muchos errores.

3^a/ Creer que un buen comentario es mera cuestión de cantidad y no de calidad, cuando a decir verdad es más bien al revés. Es cierto que los comentarios poseen un mínimo de extensión, pero, por si sirve de consuelo, añadamos que este afán por la cantidad es una suposición muy arraigada en el gremio, como se pone de manifiesto en muchas tesis doctorales y en numerosos libros filosóficos de gran volumen.

4^a / Considerar que un texto es simplemente un pretexto para hablar de ese autor, a veces incluso sin necesidad de molestarse en leerlo con detenimiento. Por ejemplo, tenemos un texto de Platón delante, pues contemos todo lo que sabemos de este autor. De hecho hay quienes empiezan a hacer el comentario por los apuntes o por

el manual y no por el texto. Lo más seguro es que no les salga bien, pues el comentario tiene unas fases ordenadas de modo lógico y no están dispuestas por capricho.

5ª / Ser demasiado genérico o por el contrario omitir cuestiones importantes por desconocimiento, falta de aplicación o mero descuido. Hay veces en que los alumnos se centran en unas fases del comentario y olvidan completamente otras, con lo cual lo único que consiguen es realizar un ejercicio descompensado. Primero conviene abordar todas las fases del comentario y luego procurar destacar en aquellas que puedan dársenos mejor.

6ª / Convertir el comentario en una simple paráfrasis, es decir, en una mera repetición de lo que dice el texto. En todo comentario haya algo de paráfrasis, pero cuando se limita a ser sólo esto, a menos que uno tenga la suerte de ser un virtuoso de la escritura, lo único que va a conseguir en un ejercicio redundante, cosa de la que ya está lleno el mundo. Por eso, entre otras razones, la mejor manera de evaluar los comentarios no es leyendo los ejercicios escritos de los alumnos, que muchas veces no acaban de indicar lo que estos han sacado en claro del texto, sino preguntándoles sobre el mismo mientras exponen su trabajo.

7ª / Suponer que hay algo así como el comentario (único) de un texto dado, al igual que por ejemplo en matemáticas a veces hay el método específico para resolver un problema. Esto suele confundir mucho a los alumnos. Sobre un mismo texto se pueden hacer comentarios diversos que sean igual de buenos. Por eso no tiene sentido, como a veces desean los alumnos, que el profesor les haga los comentarios y que ellos se los estudien como si fuera una lección más del curso. No es eso lo que se pretende con los mismos, no se trata de añadir más materia al curso, sino de desarrollar otras habilidades, como ya hemos indicado, aparte de las de tipo más memorístico, que ya se encuentran bastante representadas en otras partes de la asignatura.

8ª / En el comentario se pide que uno exprese su valoración y su opinión personal. Aunque a la mayoría les cuesta hacerlo y de hecho hay que animarlos con insistencia a hacerlo, nos encontramos de vez en cuando alumnos que cuando se ven en este trance se creen investidos de ciencia infusa, a menudo con escasas razones para ello. Conviene recordarles con tacto que, como decía Fernando Lázaro Carreter, el maestro de generaciones en el estudio del comentario de texto en Lengua y Literatura, si el fragmento no nos agrada puede que sea por defecto de nuestro gusto.

9^a/ Creer que el comentario de texto es el no va más de la dificultad, y agobiarse en consecuencia. Quizás convenga recordar que más allá de los comentarios hay otras tareas no menos importantes y complejas dentro de la filosofía, para que se hagan una idea. Está, por ejemplo, la interpretación creativa, que es cuando el comentario de una idea filosófica da lugar a otras ideas filosóficas de pareja importancia. El análisis comparado de distintas posiciones sobre un tema, la propia investigación del conjunto de la obra de un autor, de un tema, o de todo un movimiento, y muchas cosas más.

10^a/ Realizar un ejercicio deslavazado, prescindir de las reglas del comentario y de paso de las más elementales normas de la sintaxis, la gramática y la presentación y exposición de un trabajo. Por desgracia esto resulta cada vez más frecuente y encima parece como que no importa. Sé que no es fácil, pero hay que esforzarse por emplear el idioma lo mejor posible. Por si sirve de algún consuelo, puedo decir que al escribir este trabajo he utilizado gran parte de los medios de los que dispongo y al repasarlo he tenido que consultar algunas dudas con mis colegas de Lengua y Literatura.

Abril de 2005

Francisco Javier Gea Izquierdo
I. E. S. "Emilio Prados" (Málaga)